

CAPÍTULO 7

SUEZ O LA BIPOLARIDAD EN EL MEDITERRÁNEO ORIENTE MEDIO Y ARGELIA, 1948-1962

«Odiaba la eficacia de Radio El Cairo —tan poderosa como Goebbels.»

Selwyn Lloyd, ministro de Asuntos Exteriores británico
durante la crisis de Suez, en sus memorias,
Suez 1956. A Personal Account, 1978.

«Si Francia marchara, Argelia pronto sería una colonia del mundo comunista. En los países subdesarrollados, el comunismo es el único régimen capaz de tomar las medidas necesarias para dar un mínimo de comida a cada uno, y eso sin preocuparse por los medios.»

Charles de Gaulle, presidente francés, en una reunión
con sus colaboradores en enero de 1959.

En el mundo contemporáneo, la estabilización diplomática en el marco continental europeo, la imposibilidad de llevar adelante las confrontaciones en los períodos de estancamiento, provocaba habitualmente un desplazamiento hacia el Mediterráneo. Así ocurrió con la política bismarckiana en la década de 1880, cuando la neutralización de las crisis en Europa condujo a una rivalidad británica, francesa e italiana para repartirse el Magreb. Algo parecido ocurrió en 1940, cuando Hitler se encontró que, conquistada Francia, no podía invadir Inglaterra y la Guerra Mundial se trasladó al teatro mediterráneo, desde los Balcanes hasta el norte de África. Si bien en las décadas posteriores a 1945 la cuenca mediterránea no fue por sí misma un generador básico de contradicciones entre las grandes potencias, volvió a recuperar su función como espacio para un enfrentamiento marginal entre los bloques opuestos. Así, conflictos secundarios como la guerra civil griega o la contienda de independencia israelí, pronto adquirieron una dimensión internacional, en buena medida simbólica.

Desplazar la contradicción Este-Oeste a clientes menores en un escenario desprovisto de mayor importancia, espacio en el que, además, se plasmaría el retroceso de las grandes potencias históricas —Gran Bretaña y Francia— tras la crisis de Suez, era, en los años cincuenta, constatar el mismo estancamiento en otro lugar. Contemplar una guerra abierta en Europa era considerado como inadmisibile por ambos bandos, dado su coste potencial. Pero una victoria coyuntural de unos u otros en el marco mediterráneo no tenía un significado muy trascendente desde el punto de vista norteamericano o soviético, ya que aparentemente no decidía nada de fondo entre las dos superpotencias. Así, por mucho que la bipolaridad abriese escenarios de conflicto en los agujeros geoestratégicos generados por la retirada de los antiguos imperialismos, Estados Unidos y la Unión Soviética sólo podían medir sus fuerzas en el terreno exclusivo, pero algo teórico, de la hipotética guerra nuclear.

Imperios caducos y nuevas superpotencias

La proclamación del Estado de Israel el 14 de mayo de 1948 tuvo un efecto desproporcionado en términos geoestratégicos, cuyo sentido era sólo comprensible en función del significado del genocidio nazi durante la Segunda Guerra Mundial. La ejecución sistemática, industrializada, de la población judía de Europa, creó un grave problema de gentes desplazadas al acabarse la contienda. Si bien entre las comunidades judías europeas el asimilacionismo había sido masivamente dominante hasta el momento de los triunfos militares nazis de 1939-1941, el llamado Holocausto produjo una lógica inversión de valores políticos. A partir de entonces, los supervivientes del exterminio optarían mayoritariamente por unirse a la colonización de Palestina.

Inicialmente, Gran Bretaña intentó neutralizar la presión inmigratoria judía, algo que venía haciendo ya desde los años treinta. Era la potencia mandataria en Palestina y tras la contienda Londres contaba con seguir permaneciendo allí a fin de mantener una supuesta hegemonía sobre el mundo árabe. Sin embargo, a finales de los años cuarenta el empleo de la fuerza contra los inmigrantes, provenientes de los campos de exterminio nazis, tenía unos costes de imagen internacional

intolerables para los británicos. La presión anticolonialista del alia norteamericano también se reveló muy insistente. Pero la retirada británica, seguida por el fracaso de la partición territorial entre árabes y judíos, tal como fue propuesta por la ONU, llevó directamente a la guerra. Los palestinos, apoyados por los estados árabes limítrofes, perdieron este primer choque frente a los judíos. Transjordania se quedó con la orilla occidental del río Jordán (y cambió su nombre por Jordania) y parte de Jerusalén; Siria obtuvo los altos del Golán y Egipto la franja de Gaza; pero a pesar de todos los esfuerzos árabes había nacido una «entidad sionista», como denominaban amargamente al Estado de Israel.

El estalinismo desconfiaba profundamente del laborismo sionista que tuvo el protagonismo activo en la creación de Israel, ya que el objetivo predilecto de las purgas había sido la eliminación de los judíos en general y muy especialmente de los bundistas, o socialistas hebreos afiliados con posterioridad al bolchevismo. Con todo, en principio la URSS saludó la aparición del Estado hebreo, dado que los soviéticos confiaban en que el comunismo tendría un futuro importante en tierra judía. Al comprobarse que no sería así, Stalin empezó a preparar una nueva cadena de purgas que combinaban el antisemitismo y el antionismo, catalogados ambos, en la jerga estalinista, como despreciables «nacionalismos burgueses». Por lo tanto, desde el punto de vista de Moscú, 1948 fue un año decisivo no solamente en el escenario central de la Guerra Fría y dentro del mismo glació comunista (con la escisión yugoslava y la adscripción plena de Checoslovaquia al bloque). El laborismo israelí era un desafío igualmente peligroso a las pretensiones hegemónicas del estalinismo, y formaba parte de la ya histórica confrontación ideológica entre comunistas y socialistas. Ésta condujo tanto a la ruptura de los acuerdos de colaboración gubernamental entre los unos y los otros en Europa Occidental, en 1947-1948, como a la forzada fusión de los mismos llevada a cabo, entre 1946 y 1949, en los partidos oficiales «unificados» en la zona soviética de Alemania, en Polonia, en Hungría y en Rumania.

Desde el prisma de los norteamericanos, enfrascados en el apoyo militar a los monárquicos griegos y ansiosos por extender su Pacto del Atlántico Norte hasta los confines de Oriente Medio (para lo cual se promovió la entrada de Grecia y Turquía en 1951), Israel era un aliado

natural, dada la hostilidad soviética y el peso del *lobby* judío en la política interior estadounidense. Al mismo tiempo, Francia y Gran Bretaña, las potencias coloniales en el Mediterráneo, estaban ansiosas por frenar el desarrollo del nacionalismo panárabe, manifestado en la creación de la Liga Árabe en El Cairo, ya en 1945. Así, también británicos y franceses contemplaron al nuevo Estado hebreo liderado por laboristas, igual que Londres y París, y rodeado de mortales enemigos árabes, como un amigo natural, y eso a pesar del resquemor provocado por el recuerdo del terrorismo radical judío en el mandato palestino. La correlación de intereses fraguó en el marco mediterráneo una polarización secundaria, reflejo de la bipolaridad europea, que condicionaría durante cuatro décadas la política internacional, congelada en su punto de fricción central. Era un reequilibrio bastante artificial y coyuntural, como por entonces demostró la alianza formal, dirigida contra los soviéticos, de dos nacionalismos tan irreconciliables entre sí como el griego y el turco. Pero en ese contexto, la convergencia entre el antiarabismo francobritánico y el israelí encontró su expresión plena en la Guerra de Suez en octubre de 1956.

Los antecedentes de la crisis egipcia habían sido similares a los de la iraní. En 1952 un grupo de oficiales nacionalistas derribaron al corrupto e impopular rey Faruk I. Dos años después, el poder se concentró en manos del coronel Gamal Abdel Nasser. El nuevo presidente, de indudable carisma, se decantó por el neutralismo en el terreno de las relaciones internacionales, lanzándose a una política de apertura hacia el bloque socialista y fomentando el panarabismo. Estas orientaciones lo hicieron sospechoso a ojos de los occidentales, máxime teniendo en cuenta que trabajaba para la creación de un bloque árabe neutral y apoyaba a los independentistas argelinos y a los keniatas del Mau-Mau. En 1956, la tensión subió de repente. Los americanos rescindieron los créditos destinados a la construcción de la presa de Asuán, que debía regular las crecidas del Nilo, y Nasser contraatacó en julio con la nacionalización de la Compañía Universal del Canal marítimo de Suez so pretexto de que con ello obtendría los fondos necesarios para llevar adelante la obra.

El conflicto fue llevado a la ONU, pero ante la manifiesta voluntad de soviéticos y americanos de mantenerse al margen, ingleses y franceses optaron en el otoño de 1956 por lanzarse a una intervención arma-

da, combinada con un ataque israelí. La operación aeronaval fue un éxito: los franco-británicos ocuparon Port Saïd y el canal, mientras los israelíes invadían la península del Sinaí. Sin embargo, las cabezas de puente anglo-francesas no recibieron el apoyo necesario, debido al retraso en el transporte marítimo de tropas y el apoyo logístico, impidiendo presentar ante la comunidad internacional un verdadero *fait accompli*. Las consecuencias diplomáticas fueron por ello desastrosas, pues las resoluciones internacionales en la Asamblea General de la ONU, particularmente por parte de los EE UU, obligaron a los anglo-franceses a aceptar un alto el fuego dos días después. Nasser se hizo aún más popular en el mundo árabe, el foso entre egipcios y occidentales se amplió y los soviéticos, que por primera vez se hacían claramente visibles en el corazón del Oriente Medio, vinieron a llenar el vacío resultante. Jruschov (Kruschev) también protestó, e incluso amenazó con represalias nucleares sobre París y Londres, pero si dio rienda suelta a su característico tono terribilista fue porque estaba claro que los norteamericanos habían condenado previamente y de plano la aventura de franceses y británicos. Es más: por entonces, los servicios de inteligencia occidentales sabían que los soviéticos no disponían de misiles capaces de alcanzar París o Londres.

En 1956, como en 1945, Moscú y Washington seguían estando de acuerdo en la cuestión colonial. Además, los norteamericanos habían de reconocer, aunque fuera de forma implícita, la capacidad creciente de la URSS para actuar como superpotencia, su paridad con los Estados Unidos y su consecuente derecho a marcar según qué actitudes de las potencias menores. Los soviéticos deseaban disimular sus propias contradicciones: prácticamente al mismo tiempo que la crisis de Suez las tropas soviéticas aplastaban en Hungría un levantamiento protagonizado por parte del ejército magiar y la población civil. El ostentoso anticolonialismo de los soviéticos intentaba cubrir el mismo comportamiento innegablemente imperialista dentro de su espacio. Los rusos subrayaban simultáneamente su prepotencia: con la afirmación ideológica ante el mundo descolonizable y con sutil amenaza ante el movimiento comunista internacional. El reajuste en el Mediterráneo que fue Suez dejó establecido que el nuevo orden internacional estaba dominado por las dos grandes potencias y arrinconó a los antiguos imperios y sus viejas prácticas políticas. En términos de

situación geoestratégica mundial, la crisis húngara no fue tan importante como la de Suez.

La condena americana a la intervención franco-británica mostró la plena hegemonía estadounidense, así como el acuerdo de fondo con la URSS en la preeminencia mutua dentro de la bipolaridad, y, por ello, condicionó los comportamientos regionales en el Mediterráneo en los años siguientes. Egipto y los árabes, bajo la égida de Nasser, se radicalizaron en su distanciamiento de los americanos y su atracción por la Unión Soviética, proceso que se hizo del todo visible en 1958. En mayo, Nasser visitaba Moscú y a continuación se proclamaba la República Árabe Unida (RAU) con Siria. Este hecho se vio reforzado, en Iraq, por el golpe izquierdista-nacionalista del general Kassem, rival del nasserismo, en el verano de 1958. El intento de incorporar Jordania a la nueva entidad supraestatal nasserista llevó, el 17 de julio, a la intervención británica en Jordania, anticipada en dos días por un desembarco norteamericano en el Líbano. El paso de Bagdad a la disidencia casi permanente ante El Cairo y Washington, sostenida a través de varias generaciones de golpes posteriores, marcaría el futuro de la política panarabista, escindida entre egipcios, sirios e iraquíes. Las monarquías árabes más conservadoras —bajo el creciente protagonismo de la de Arabia Saudí— se mantuvieron como el punto de apoyo algo contradictorio para la presencia americana en la región. Por su parte, los israelíes aprendieron una vez más a desconfiar de apoyos entre las grandes potencias, y a ser, por ello, una fuerza disuasoria en base a su propia capacidad ofensiva.

Pero las lecciones más amargas de la derrota las recibieron las antiguas potencias hegemónicas de preguerra. Para Londres, Suez anunciaba el fin del Imperio, era una derrota devastadora que, además de liquidar la carrera del líder conservador Anthony Eden, originaba una prolongada discusión sobre la propia relevancia inglesa en el mundo. El sucesor de Eden, el también conservador Harold MacMillan, asumió el problema de forma directa, haciéndose heredero del abandonismo laborista de Attlee y Bevan más que de las obsoletas pretensiones del ya senil Churchill. En la Sudáfrica de finales de los cincuenta, Macmillan podía anunciar que «un viento de cambio» soplabá por todo el continente africano y, en consecuencia, proceder a desmontar el armatoste colonial, siempre confiando en que el tinglado de la Commonwealth

serviría, junto con los aranceles preferentes, para mantener vivo, aun de manera indirecta, al Imperio británico. La participación en la carrera armamentística vendría mediante la «relación especial» británica con Estados Unidos, forjada en la Segunda Guerra Mundial, paralela a la Commonwealth y uniendo los «pueblos de habla inglesa». Los próximos años sesenta mostrarían la debilidad de uno y otro cálculo, llevando a Macmillan y los conservadores a la liquidación política e induciendo una década laborista, que, con el «Swinging London» de los Beatles, celebraría la propia decadencia como gran potencia.

Los franceses, en cambio, se negaron a reaccionar, y la prueba de ello fue la caída de la IV República y el golpe gaullista de 1958, basado en el rechazo frontal a toda concesión al independentismo panárabe en Argelia. Pero Francia, como los tristes años de entreguerras habían demostrado, era incapaz de sostener una política autónoma sin la coordinación con Gran Bretaña. De Gaulle quiso poner remedio a este problema aceptando la descolonización a la larga, pero a cambio del establecimiento de una capacidad militar francesa, sin vínculo con Londres (ni mucho menos con Estados Unidos).

La frustración francesa

A lo largo de los años siguientes, la prolongada decadencia de Francia como gran potencia quedó profundamente subrayada por su derrota en Argelia, la guerra de descolonización más dura, que se prolongó durante ocho años (1954-1962). Argelia, cuya conquista databa desde 1830, era la posesión más antigua de Francia, la que tenía más centralidad geográficamente, y en la que se había llevado a cabo un proceso real de colonización no sólo económico sino también humano: en 1956 había en el país un millón de colonos europeos (en su mayoría españoles, italianos y malteses), frente a una población total de 8.700.000 argelinos musulmanes. A un segundo nivel, el imperio y, más concretamente, las posesiones africanas habían sido decisivas para asegurar la continuidad del Estado francés durante la Segunda Guerra Mundial: derrotado el ejército metropolitano por los alemanes, las tropas coloniales francesas habían sobrevivido intactas poniéndose al servicio de De Gaulle y Francia Libre a partir de 1942. En cierta manera, Francia había ac-